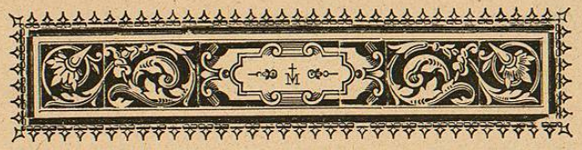

CAPITULO IX

LA FUNDACIÓN DE BURGOS

I

A la puerta del convento de San José de Ávila, uno de los últimos días de Diciembre del año 1581, estaba parado el carro que, por más incómodo y humilde, prefería siempre en sus viajes Teresa de Jesús.

Las religiosas, aturdidas, andaban de un lado á otro con tal pena, que ni aun acertaban á disponer lo necesario. La Vicaria amontonaba mantas sobre mantas, que todas le parecían pocas para que su amada Madre se resguardara del frío; dos novicias acomodaban en un cesto algunos panes, pescado y frutas secas: pobre alimento para la que tan enferma iba, y único que se permitía para no faltar á la aspereza de la Regla reformada.

La marcha de la fundadora en esta ocasión era á la ilustre ciudad de Burgos, antigua cuna

del reino de Castilla y patria de los famosos jueces Laín Calvo y Nuño Rasura, que ansiaba también su parte en la gloria de poseer convento de la Reforma carmelitana.

Seis años antes, y cuando preocupaba á Teresa la fundación de Valladolid, algunos Padres de la Compañía de Jesús escribieron á la santa Madre con el deseo de que se hiciera otra en Burgos; de nuevo la instaron cuando se ocupaba en la de Palencia: y como ella fluctuara indecisa, el Señor se lo ordenó con las frases referidas en su lugar.

Animosa como siempre, la fundadora rogó entonces al obispo de Palencia que aprovechara el paso por aquella ciudad del prelado de Canarias, electo arzobispo de Burgos, para solicitar la licencia de fundación, á lo que aquél accedió con sumo gusto. Llegó D. Cristóbal de Vela (que era el sujeto esperado), y D. Alvaro Mendoza cumplió el encargo recibido, contestando el Prelado que por el gran fruto que daban estos monasterios dondequiera que se establecían venía en ello con entera satisfacción, y que así tuviera por concedida la licencia, pero que procurasen la de la ciudad á no ser el monasterio con renta.

Había conocido Teresa de Jesús, durante el tiempo de su estancia en Palencia, á una señora de Burgos llamada Catalina de Tolosa, que fué á llevar dos hijas doncellas muy jóvenes y hermosas para que tomasen el hábito de carmelitas descalzas. Con tal motivo la dama trabó amistad con la santa Madre, y ésta supo que de siete hijos que en su viudez le quedaron, tenía las dos

mayores en el convento de Valladolid, donde estaba de priora María Bautista, dos mancebos novicios de la Orden en Manresa, y ahora satisfacía los deseos de las menores, permitiéndolas entrar también en la Reforma del Carmelo. Teresa admiró la fortaleza de espíritu de su nueva amiga, y la comparó á la piadosa madre de los Macabeos, estimándola cada vez más á medida que descubría las grandes virtudes y altas dotes que la adornaban: así, cuando se disponía para volver á Burgos, la fundadora se confió á ella, y le encargó buscar casa en aquella ciudad á propósito para el objeto que se deseaba, y hasta que le comprara rejas y torno; parecíale que, con la licencia del Arzobispo y la buena voluntad de Doña Catalina, todo se haría fácilmente.

Terminó en tanto la fundación de Palencia, y aun se hizo la de Soria sin que resolviesen nada en Burgos, por lo que Teresa tornó á San José de Avila; mas antes de concluir el año de su estancia allí recibió cartas de Doña Catalina y del obispo D. Alvaro, que le instaban eficazmente á ponerse en camino. Decía la primera que ya se había conseguido licencia de la ciudad gracias á los buenos oficios del regidor D. Alonso Manrique, cuya madre y hermana, que eran amigas suyas, se habían interesado en el asunto y alcanzado tan feliz resolución; pero lo que no explicaba era los medios de que se valió para lograrlo, que fué entregar al Regidor una petición firmada por ella, en la que se obligaba á dar á las religiosas casa y mantenimiento, lo cual bastó para que la ciudad consintiera.

Don Alvaro aducía también muchas buenas ra-

zones para probar que el Arzobispo deseaba que se hiciera la fundación; decía cómo le habían mostrado la licencia, y confirmaba la suya; en fin, de tal modo se allanaban los caminos que parecía no haber más trabajo en Burgos sino el que pudiera tomarse cortando flores en el más delicioso de los verjeles.

Sin embargo, Teresa, débil, enfermísima y desanimada, sentía tanto el rigor de aquel invierno, que no se atrevía á ponerse en marcha; pensaba que, pues, todo estaba fácil, bien podía hacer la fundación en su lugar la priora de Palencia; consultaba esto un día con el Señor, cuando Él le dijo:

—*No hagas caso del frío, que yo soy el verdadero calor; el demonio pone todas sus fuerzas por que no se haga esa fundación; ponlas tú por que se haga, y no dejes de ir, que seguirá gran provecho.* (*Fundaciones*, cap. XXXI, núm. 6.)

He aquí la causa del acelerado viaje, que tanta consternación causó en el monasterio de San José de Avila.

II

En tanto que la santa Madre se despedía en la ermita de la devota imagen de Jesús atado á la columna, Ana de San Bartolomé, que iba á ser de nuevo compañera de tan bendita Prelada en esta marcha, reunía los Breviarios, ropas y pequeñeces que podían necesitar, y las hacía poner en el carro.

Al lado de éste, envuelto en pesados abrigos

y caballero en su mula, vigilaba los últimos arreglos Fr. Jerónimo Gracián, que, determinado á acompañar á Teresa en los nuevos trabajos, habíale dicho (para que la santa Madre no creyera que se molestaba en ello) que, habiendo predicado ya el Adviento y estando hasta la Cuaresma libre de tareas, iba á permitirse como descanso y recreo el tal viaje; la fundadora, no muy convencida, trató de oponerse; pero el Provincial se mantuvo firme, y no hubo más remedio que conformarse con su voluntad.

Mientras el religioso daba las órdenes convenientes para cuanto se había de hacer, órdenes que tenía que repetir muchas veces pues la atribulada Comunidad no acertada á obedecerlas, retirada en el coro la novicia Teresa, lloraba con indecible amargura.

¡Iba á separarse de su amada Madre! ¿Volvería á verla? Sólo Dios podía saber lo que guardaba el porvenir.

Contenidos sollozos levantaban su pecho, y cuanto tiene la ausencia de más cruel martirizaba su corazón; la que tan alegre había estado hasta entonces en la clausura, sentía por primera vez anhelos de tender las alas para seguir á la que se llevaba toda su dicha.

Una sombra se interpuso en el rayo de luz que iluminaba débilmente el coro, á la vez que una mano hacía la señal de la cruz sobre la frente de la abatida novicia, y la voz de la fundadora vibró llena de melancólica dulzura.

—«El alma que está conforme con la voluntad divina, de nada se aflige; pues aunque el natural sienta alguna cosa, luego pasa la pena.»

La joven alzó los ojos para mirarla; quiso hablar, y no pudo pronunciar palabra.

—¿No anhelas ser perfecta delante del Señor? ¿Cómo lo alcanzarás si te dejas dominar así por los impulsos del corazón? La perfección no consiste en tener arrobamientos, ni revelaciones, sino en resignarse con la voluntad de Dios.

—Permítame su reverencia que la acompañe, —dijo al fin la hija de Cepeda, cuyo demudado semblante mostraba el violento combate que sufría.—¿No es lo mismo seguir mi noviciado aquí ó en Burgos?

—De ningún modo, hija mía; una novicia sin monasterio (pues aquél no está hecho todavía), ni es conveniente ni decoroso. Tu deber es continuar en Avila, como el mío marchar, y ambas cumpliremos lo mejor que podamos; y si nos cuesta, más provecho tendremos: «la cruz ha de ser la empresa del que se alista en la virtud, sin mirar ni desear contentos ni regalos». (*Meditación* 2.ª, capítulo único, núm. 9 y siguientes.)

Teresa bajó los ojos y balbuceó:

—Perdóneme su reverencia: cuanto más imposible lo hallo, mayor es mi deseo.

—Si nos diese Dios el cumplimiento de ellos, muchasveces nos perderíamos. (*Exclamación* 17.)

Esta voz autorizada y querida, penetraba dulcemente en el corazón de la desolada novicia, y como aura suave disipaba poco á poco las nubes con que el dolor obscurecía su clara inteligencia; sentíase más animosa, y lloraba, ya no sólo de pena, sino de confusión, por parecerle cosa tan difícil vencer las míseras inclinaciones de la carne y de la sangre.

La doble vista que daban á la santa Madre la sabiduría y la ternura, le permitían seguir paso á paso el favorable cambio que se efectuaba en los sentimientos de su sobrina.

—¡Oh, qué razón tiene su reverencia!—exclamó al fin con un suspiro la doncella. —¡Y cómo debe estar de enojada conmigo! ¿He de ser cobarde cuando mi maestra y mi guía no conoce el temor? «Algunas cosas que nos parecen imposibles, si vemos que otros las hacen las ejecutamos fácilmente, y con su vuelo nos animan á que volemos, como los hijos de las aves imitan á sus padres.» (*Meditación* 3.ª, cap. II, núm. 7.)

—Conserve el Señor en tu memoria las máximas que he procurado enseñarte,—repuso Teresa de Jesús muy conmovida;—ahora déjame orar algunos momentos.

Se arrodilló ante la reja, descorrió el velo, y miró largo rato á través de los hierros el tabernáculo, que un rayo de sol envolvía como en divinos resplandores.

III

—Vamos,—dijo animosamente la fundadora, después de aquel breve espacio de recogimiento.

Salió del coro seguida de la novicia, y se dirigió á la portería, donde se hallaba reunida toda la Comunidad.

Un sentimiento de profunda tristeza abatía á las religiosas: siempre habían visto ausentarse á su Madre con gran pena, mas nunca con la turbación y desconsuelo que entonces. La hija de Cepeda, con el corazón horriblemente oprimido,

se retiró á un lado; la única tranquila y casi risueña era Teresa de Jesús.

Oíase fuera el reposado acento del P. Gracián, que daba las últimas órdenes; las voces del carretero y de los guías, mezcladas con el rumor de las campanillas y cascabeles que agitaban las mulas, formaban un animado conjunto, que contrastaba con el silencio de la Comunidad.

Llegó, en fin, el momento de la separación, y todas sus hijas rodearon á la fundadora para besarle las manos y recibir su bendición; permitíalo esta vez, y aun la daba con afabilidad, lo cual era en ella tanto más extraño cuanto que jamás aceptaba con gusto las distinciones ni homenajes. Dirigía á cada cual una palabra afectuosa ó saludable advertencia, que escuchaban con gran recogimiento; y por más que los corazones estuviesen deshechos de pesar y ternura, no se oían quejas inútiles, ni sollozos desgarradores.

La portera descorrió lentamente el cerrojo y dió vuelta á la llave, mientras Teresa de Jesús, elevando algo su voz, naturalmente armoniosa, dijo así:

—Adiós, hijas mías; el Señor me las guarde, y á la vez aumente el fervor y espíritu de esta casa. Para ayudar á tal obra despójense de todo lo terreno y vistan la «túnica estrecha de la humildad: ella labra siempre en el propio conocimiento como la abeja en la colmena la miel». (*Meditación* 1.ª, cap. II, núm. 9.)

«Á medida del amor, nos dará el Señor el premio; este amor no ha de ser fraguado sólo en la imaginación, sino probado con obras.» (*Meditación*, 3.ª, cap. I, núm. 8.)

«Trabajemos con fe, hermanas mías, que, en llegando á la gloria, lo que hemos padecido en la tierra se nos hará poco.» (*Fundaciones*, capítulo IV, núm. 3.)

La novicia Teresa, hecha un mar de lágrimas y envuelta la cabeza en su blanco velo, apenas si se daba cuenta de lo que oía; la fundadora le dirigió la última mirada, y haciendo una postrera señal de despedida, se dispuso á salir; giró en sus goznes la pesada puerta, y pasó el umbral seguida, como de su sombra, de Ana de San Bartolomé. El sordo ruido que hicieron las dos hojas al cerrarse, apagó el de los sollozos, que estallaron por todos lados.